

Conste que he colocado muy alto el término medio de mi ejemplo, suponiendo un obrero que gane ₡ 2-00, porque dista mucho de ser ese el tipo general, y mucho menos si se tienen en cuenta las crisis industriales y el trabajo agrícola. El resultado es que dos elementos constituyentes de la Sociedad resultan, si no en pugna, en condiciones discordantes: los que, por el trabajo de producción y transporte, satisfacen nuestras necesidades de productos agrícolas e industriales, escasamente pueden vivir; y no pueden ser atendidos facultativamente en caso de enfermedad porque no pueden pagar el servicio a quienes la Sociedad ha constituido en custodios de nuestra salud.

¡Error, injusticia; peor aun; aberración inconcebible! pero no hay que extrañarse, absurdos de tal magnitud abundan en la Sociedad, y lo peor es que, por inveterados, justificados y legalizados por nuestra legislación, y aun santificados por nuestras creencias religiosas, parecen incorregibles, y por tal los tienen santos y doctores, políticos y economistas.

Vano y estéril sería mi trabajo si me limitara a una protesta. Me quejo, protesto, sí; pero a esa acción crítica y destructiva he de unir, valga lo que valiere, mi afirmación constructiva, expresión de mi ideal y resumen de mi intervención en la vida colectiva; lo exige mi conciencia y con ella el respeto a la corporación que me auspicia en este acto y al auditorio que me honra con su asistencia y atención.

En su virtud afirmo que el dinero, con que actualmente se mide la reciprocidad de los servicios, si fué un progreso en su origen, se ha convertido en inmenso obstáculo a todo progreso, como elemento activo de tráfico, negocio, agiotaje, explotación, usura, venta y monopolio. Por él, sus poseedores, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de comunicación y transporte, alquilan, mediante el jornal o

suelo, a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez le sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos y difunden la producción por todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, pagan tributo a la accesión y sufren todo género de privaciones.

Los servicios prestados a la Sociedad de cualquier género que sean no pueden evaluarse en unidades monetarias, porque la medida exacta del valor es imposible. De dos individuos que hubieran empleado un período igual de su vida en trabajo diferente con igual energía y agrado sólo puede decirse que su trabajo es equivalente, no hay quien determine el valor de un día o de una hora de trabajo. Podrá decirse a bulto que el que dedicó al trabajo durante toda su vida diez horas diarias dió más a la Sociedad que el que sólo empleó cinco, pero no puede decirse que valga doble, porque sería desconocer la complejidad de la ciencia, de la industria, de la agricultura, de la vida entera de la Sociedad presente; sería cometer la enorme torpeza de no reconocer que en todo trabajo del individuo intervienen como resultado y resumen los trabajos anteriores y presentes de la Sociedad.

He de insistir sobre este asunto con una demostración decisiva, evidentísima, del maestro Kropotkine: Consideremos en una mina de carbón el obrero dedicado al ascensor: con su mano en la manivela impulsa o detiene su acción en vista de un indicador en escala graduada que indica con exactitud matemática su situación en cada instante de su marcha. En el momento preciso pára; renovada la carga, en marcha otra vez, y durante la jornada despliega admirables prodi-